# Una Apuesta Original

POR EL

## R. P. FRANCIS J. FINN, S. J.

No. 1.

# UNA APUESTA ORIGINAL

POR EL R. P. FRANCIS J. FINN, S. J.

TRADUCIDO DEL INGLES

## I.

Eran las nueve de la mañana del 23 de Diciembre, cuando un muchacho, con expresión de asombro en su rostro, entró en el salón de clase de la Academia de Milwaukee y entregó a su profesor esta nota:

8.59 A. M.

Gerardo O'Rourke, llegó tarde.
Puede admitírsele.

**A. Mosher, S. J.**

El Señor Lawton leyó esta comunicación con desagrado. Como a todos los maestros cumplidos, le impacientaban los alumnos que llegaban tarde. Su enfado pronto desapareció sin embargo, pues Gerardo con rostro alegre y suplicante voz le dijo: "No se disguste usted, señor, anoche terminó muy tarde el ensayo de la misa de

Navidad y mi mamá no pudo despertarme esta mañana. Además, tengo que ir a ver al Padre Mosher, después de la clase."

Y entonces, el rostro de Gerardo que se había ensombrecido al recordar su cita con el Padre Prefecto, se iluminó con una sonrisa maliciosa, al sorprender en el semblante del maestro una expresión de tranquilidad cuando oyó el aviso.

Con un regocijo que se notaba hasta en la ligereza de sus pasos, se dirigió a su asiento, al lado de Mauricio Desmond y dándole disimuladamente una fuerte palmada en la espalda, ordenó sus libros preparándose para las labores del día.

"¿Estás castigado?" dijo Mauricio ocultando su cabeza bajo la cubierta de su escritorio, aparentando buscar una portapluma.

"Sí."

Mauricio hizo una mueca e iba a ocultar nuevamente su cabeza, cuando notó que el señor Lawton estaba tomando un interés exagerado en sus movimientos. Entonces Mauricio se puso muy atento, y, recuperando en poco tiempo la confianza de su profesor, lenta y subrepticiamente, escribió la siguiente nota:

Querido Gerardo: Te apuesto un par de rosarios que llegarás tarde a la Misa de Navidad.

**Mauricio Desmond.**



Gerardo, después de mucho tiempo y paciencia, contestó:

Querido Mauricio: Apuesto yo un par más, que pasaré por tí a tu casa tres cuartos de hora antes de la Misa.

**Gerardo O' Rourke.**

Media hora transcurrió antes de que Mauricio lograra escribir esta respuesta:

Señor don Gerardo O'Rourke: No sabes lo que dices perezoso empedernido; pero acepto de todas maneras. Ya tendrás que rezar los dos rosarios el día de Navidad.

**Lic. Mauricio Desmond.**

En este estado de comunicaciones, el señor Lawton intervino:

"Gerardo y Mauricio, tráiganme esos papeles."

Y terminó la correspondencia.

## II.

Podrá haber gente más perezosa que Gerardo O'Rourke, pero si la hay es desconocida para el autor de esta historia. Y su somnolencia, nunca le venía antes de acostarse, al contrario, siempre molestaba a su mamá para que, cuando sonaban las nueve—que era la hora señalada—le dejara "otro rato." Su madre era siempre indulgente para con su elocuente consentido y no pocas veces sucedía que Ge-

rardo se quedara despierto hasta las diez y media de la noche. Por supuesto, al siguiente día, le costaba enorme trabajo á la señora O' Rourke despertar a Gerardo; y á veces, duraba esta operación hasta veinte minutos.

Así pues, cuando la señora O' Rourke, la Noche Buena, oyó de labios de su hijo la historia de su apuesta con Mauricio, se sonrió:

"Muchacho tonto, ¿por qué no te contentaste con la primera apuesta? Yo me comprometo a despertarte para que puedas estar en la iglesia a las cuatro, pero para que pudieras pasar por Mauricio a las tres y media, tendría yo que levantarme á media noche, y esto, francamente, no puedo hacerlo."

"Ni es necesario, mamá," contestó el impaciente muchacho. "¿No crees que sea yo capaz de despertarme sin tu ayuda?"

"No."

"Bueno, pues todos ustedes lo verán. ¿No se acuerdan de aquel día de campo en Junio, cuando tuve que estar en el colegio a las siete en punto? ¿Y no estuve á las seis? ¿Y no te desperté á tí, y á papá, y á tío Eduardo, quien por cierto se disgustó tanto que quería golpearme con uno de sus zapatos? Ya verán."

"Los días de campo son otra cosa, hijito. Tenías tantos deseos de ir al Lago de



Michigan, que estabas demasiado nervioso para poder dormir profundamente. Además, fué en tiempo de verano. Pero piensa lo que será levantarse mañana a las tres con el frío y la obscuridad de esta época y salir luego al aire helado. Cantar en la Misa no es lo mismo que ir a un día de campo."

"Pero, mamá, voy a cantar yo solo la parte de Adeste Fideles en el Ofertorio y si llegara yo tarde el director de nuestro coro se disgustaría porque ha tomado mucho empeño conmigo. Además, quiere hacer una buena Comunión; y..... tengo un buen plan para levantarme en punto de las tres."

"¿Cuál es ese plan?" preguntó su padre.

"Voy a poner mi reloj despertador a las tres en punto y"

Al decir esto Gerardo, su padre, su madre, su tío y sus dos hermanas, rieron estrepitosamente. La idea de que cualquier reloj despertador pudiera producir el menor efecto en Gerardo, una vez dormido, les pareció a todos tan original como ridícula.

El tío Eduardo se expresó así: "Si llenaras tu cuarto con relojes despertadores desde el suelo hasta el techo y si todos ellos, no diré, sonaran, sino hicieran explosión a las tres de la mañana, apuesto todo

lo que tengo que seguirías roncando hasta que tu madre te despertara."

Por segunda vez rieron todos.

"Bah", replicó Gerardo. "Cállense ustedes, muchachas." dijo dirigiéndose hácia sus dos hermanas, para desahogar su enojo. "Yo me levantaré y" añadió irónico, "me puedo vestir seis veces mientras ustedes dos se están arreglando con sus cintas y sus alfileres."

Después, cambiando de tono, el orador se dirigió hacia los miembros serios de la familia: "No crean que cuento solamente con el despertador; eso es sólo una parte de mi plan."

"Veremos cuáles son las otras partes," repuso el tío Eduardo.

"Me lo aconsejó mi profesor. El sabe todo lo concerniente a la apuesta porque recogió los papeles y no pudo contener la risa cuando los leyó. Bueno, me dijo, arregla tu despertador para que suene a las tres y pide a las almas del purgatorio que puedas oírlo. Si prometes en cambio hacer alguna cosa por ellas, seguramente te ayudarán. Ya lo hice y, por lo tanto, mañana me levantaré."

"¿Y qué es lo que ofreciste hacer?" preguntó el tío Eduardo.

"Oye, mamá, dame una rebanada de pan con mantequilla, porque me estoy muriendo de hambre," dijo Gerardo saliendo violentamente de la pieza y arrepintiéndose de haber hablado tanto. Porque, como buen muchacho, sincero y franco en todas las cosas, era reservado cuando se trataba de sus devociones; y en su buen corazón tenía guardadas no pocas prácticas piadosas, de las que ni su madre tenía conocimiento.



Sin embargo, antes de acostarse, confesó a su madre que, en caso de ganar su apuesta, daría un peso de su "aguinaldo" a los pobres, en nombre de las almas del purgatorio.

La señora O'Rourke le besó enternecida.

"Y díme, mamá, ¿qué vamos a comer mañana?"

Esta fue su última pregunta, pero no su último pensamiento; porque Gerardo procuraba no pensar en otra cosa—una vez metido en la cama—cuando iba a comulgar al día siguiente, que en el Santísimo Sacramento; y ahora lo había conseguido, aunque puede decirse que pocas veces se quedaba despierto durante más de cuatro o cinco minutos.

Esta noche memorable, acababa de concentrar su imaginación en esta piadosa idea, cuando después de tocar la puerta, entró su padre en el cuarto.

"Pero, ¡papá! ¿Olvidé acaso decirte buenas noches?"

"No, Gerardo, pero no te asustes. Sólo

voy a decirte una palabra. Quieres que las almas del purgatorio te hagan un favor. Yo tengo una pena y tal vez me podrían ayudar a mí también. Mañana, Gerardo, quiero que pidas por mí a la hora de la Comunión; y pide con todo fervor a las almas del purgatorio que me ayuden. Voy a dejar en la bolsa de tu saco diez pesos, para que los juntes con el peso de que me habló tu madre. Es todo lo que puedo dar. No cuentes a nadie lo que te he dicho; tu madre es la única que sabe lo que me pasa."

"Oh papá, ¿y es por eso que la ví como si hubiera llorado? Tenía los ojos muy irritados hoy en la noche."

"Lloró al principio, Gerardo, pero es valerosa y así debes ser tú, hijo mío, si llego a perder mi empleo."

"¡Cómo!" gritó Gerardo incorporándose súbitamente, "va a poner el señor Bush un nuevo apoderado?"

"Eso temo, Gerardo. Hoy me dijo que un grupo de capitalistas interesados en la compañía, está haciendo presión sobre él para que me quite el empleo. El dice que no tiene nada en mi contra, pero que teme que tenga que ceder."

"Pero, ¿no es él quien tiene que decidir?"

"Sí, pero en algunas cosas es débil de carácter y tiene miedo de perder su popularidad entre los miembros de una sociedad secreta a la cual pertenece. Yo quisiera que tuviera más valor. No es difícil, como están las cosas, que pierda yo mi empleo a fin de año. Reza, reza mucho, hijo mío, y no olvides encomendarme a las almas del purgatorio. Hasta mañana."



Y con una sonrisa y un beso, el señor O' Rourke salió de la pieza.

## III.

"No tienes suerte, Enrique," dijo la señora Bush a su esposo la tarde de ese mismo día.

"Tienes razón, Margarita, no me siento bien y, además, estoy preocupado con cierto negocio. Temo que me obliguen a cambiar de apoderado."

"¡Cómo! Despedir al señor O'Rourke? Pero si hace poco me decías que era el hombre más hábil y honrado que conocías y que merecía un sueldo mucho mayor que sus seis mil pesos al año."

"Y todavía lo digo. En justicia, deberían pagársele ocho o diez mil pesos. Pero en lugar de aumentarle el sueldo, me molestan día y noche, de palabra y por escrito, para que lo substituya con un tal Juan Landen. Landen, tiene maravillosas ventajas sobre O'Rourke, añadió el señor Bush con amarga ironía. "En primer lugar, Lan-

den no es católico, y en segundo, pertenece lo menos a cinco sociedades secretas. En una de ellas tiene algunos grados más que yo."

"Es una desgracia, Enrique, que hayas ingresado a esa sociedad."

"No tanto, porque por eso he hecho buenos negocios."

"Sí, pero en cambio, has perdido tu religión."

"No digas eso, Margarita. Soy católico, y, lo que es más, moriré como católico."

"Y por qué mientras tanto, no vives como católico?"

Por respuesta, el señor Bush gruñó con disgusto y se puso a leer el periódico de la tarde.

"Mañana, Enrique, es Navidad. Me prometerás venir a Misa conmigo? Nuestros hijos se lo están pidiendo a Dios ardientemente; y tienen la seguridad de que se los va a conceder. Hace ya quince años que no entras a una iglesia. Ven conmigo, prométemelo."

Al hablar, los ojos de la señora Bush se llenaron de lágrimas y le temblaba la voz. El señor Bush se conmovió:

"Ahora estoy muy cansado. Ya iré otro día."

"Pero, Enrique, por qué esperar si puedes ir ahora?"

"Basta ya, Margarita!" gritó impacientemente levantándose de su asiento, arrojando el periódico sobre una mesa y llevándose las manos a la cabeza, "por Dios, no me molestes más."



La pobre señora, sin saberlo, había despertado los más profundos sentimientos de su esposo.

El señor Bush era uno de los grandes millonarios de la ciudad. Cuando joven, siempre vivió como católico práctico, pero sus negocios y sus ocupaciones fueron gradualmente apartándolo de sus prácticas piadosas, hasta llegar a contentarse con cumplir con el Precepto Pascual. Después, ingresó a una sociedad secreta. Durante mucho tiempo resistió a esta tentación, pero desgraciadamente para él, en este período de prueba surgió un disgusto entre él y el cura de su parroquia. El Sr. Bush tenía la culpa y, en un arranque de pasión, ingresó a la sociedad secreta y nunca más volvió a la iglesia.

Esa noche, a la hora de cenar, su hijita menor le dijo: "Papá, ¿no quieres hacerme el favor de llevarme a misa mañana?"

Todos los niños, mientras hablaba Laura, miraban ansiosamente a su padre.

"No puedo, hijita; no me siento bien."

Y el señor Bush, no sin emoción, notó en los rostros infantiles las señales de amargo desaliento.

"Debe haber faltado algo en la novena

que hicimos," murmuró Enrique, un condiscípulo de Gerardo.

María, la mayor de las trés hermanas, le dijo que callara.

"Oh, creo que puedo hablar un poco," prosiguió el intrépido muchacho. "Cuando menos, papá, ven a oir a los cantores. Yo estoy también en el coro, aunque no hago nada extraordinario. Pero Gerardo O'Rourke, en cambio, tiene una voz de ángel y no debes dejar de oirlo. Gerardo es uno de los mejores muchachos de Milwauke, mucho mejor que yo. Yo lo quiero mucho. Oye, papá, voy a traerlo a casa mañana. Estoy seguro que te gustará hablar con él. No lo has visto desde hace casi un año y cada vez está más simpático."

"Haz lo que quieras," dijo violentamente el señor Bush, dando un puñetazo sobre la mesa, "menos traer a ese muchacho a esta casa. No quiero verlo."

Y ante la consternación de todos, el señor Bush salió del comedor. Estaba muy cansado y muy enfermo. Pobre millonario!

Los niños, algunas horas después, dormían tranquilamente, cuando entró el señor Bush a la recámara en que dormían Laura, Elena y María. Las pequeñuelas habían prendido cuidadosamente sus medias en la repisa de la chimenea. En medio de la repisa, se encontraba una estatua del Sagrado Corazón.



El señor Bush dejó caer una moneda de oro en cada media, una de las cuales cayó al suelo. La recogió cuidadosamente y, no encontrando el alfiler, tomó la estatua con la intención de usarla como peso para detener la media. Abajo de la estatua había una carta que estaba abierta. El señor Bush se puso sus lentes y leyó:

"Querido Niño Jesús:

¡Te deseamos una Feliz Navidad! Y la tendrás feliz seguramente si llegan a amarte los que no te conocen ahora. Para nosotros sería feliz, si papá fuera con nosotros a Misa. ¡Oh, papá es tan bueno! Estamos seguras de que tú habías de quererlo también, si le conocieras mejor. Ahora, haz que venga con nosotras a Misa. Yo he hecho los Nueve Primeros Viernes por papá y estamos seguras de que irá a la Misa; y vamos a dar todo el dinero que papá ponga en nuestras medias, a un Padre, para que ponga flores en el altar. El día de Navidad esta carta no deberá estar aquí. Esa será la señal de que papá irá a Misa con nosotras.

**María,** (Tengo diez años y escribí esta carta yo solita).

**Elena.** (Tiene ocho años)

**Laura.** (Tiene seis años).

Después de vacilar unos momentos, el señor Bush se guardó la carta en el bol-

sillo y con los ojos entrecerrados se dispuso a abandonar la pieza. Se detuvo en la puerta, pasó sus manos por sus cabellos y con una expresión de infinito desaliento, colocó la carta en el lugar en que la había encontrado.

Salió muy triste, muy contrariado; y no obstante su cansancio, el infeliz comprendía que no iba a poder dormir.

¡Pobre millonario!

## IV.

Gerardo saltó de su cama antes de que el despertador acabara de sonar. En un cortísimo espacio de tiempo había terminado de arreglarse y se lanzó a la calle sin pensar en el frío que sentía. Estaba muy obscuro y Gerardo se vió tentado de regresar a su cama. Pero desechó esta idea inmediatamente, acordándose de lo que su padre le había recomendado la víspera.

"Quiero que se me hielen los pies, que se congelen mis manos, y que me duelan las orejas: todo lo ofrezco por las almas del Purgatorio y si alguna de ellas llega al cielo por el frío que yo sienta, espero que intercederá por mi pobre papá."

Y diciendo esto mientras caminaba con ligereza, se quitó su gorra y sus guantes, deseando ardientemente que se sintiera más frío, sin hacer caso de la nieve que caía abundantemente.



Después de andar algunas calles, se detuvo en una esquina, mirando los borrosos contornos de una gran casa, que no podía distinguirse por la obscuridad.

"¿Mauricio vive en la calle Dieciocho o en la Diecisiete? No me puedo acordar. Ah, sí, esa es la casa, estoy seguro."

Y pasando apresuradamente por el jardín, subió los escalones de piedra, puso su dedo en el botón del timbre eléctrico y se quedó así tranquilamente, mientras que el timbre sonaba como si nunca fuera a callar.

Había estado tocando durante unos sesenta segundos, cuando Gerardo oyó por dentro de la casa ruido de pasos pesados y se le imaginó, sin saber por qué, que esos pasos provenían de alguna persona enojada, por lo que retiró su dedo del botón eléctrico.

Cuando la puerta se abrió rápidamente, Gerardo se quedó horrorizado; allí, mirándole firmemente, con el semblante contraído por la cólera, completamente vestido estaba el señor Bush!

"Dime, tunante," rugió la víctima de la dispepsia y del insomnio, tan pronto como vió la silueta de un muchacho que apenas si se distinguía en la obscuridad, "dime, ¿por qué demonios vienes a hacer este ruido infernal a esta hora? Contesta luego: ¿qué se te antoja?"

Gerardo abrió la boca temblando y poco faltó para que cayera al suelo. Finalmente, sobreponiéndose y desesperado, balbuceó: "Se-se-se-ñor! ¿Qué le pusieron en sus calcetines?" Y de un salto bajó la escalera con una agilidad propia solamente de un muchacho de su edad, pensando, tan pronto como se perdió en la obscuridad, que seguramente el señor Bush le había reconocido por su voz y el asunto de su padre, por lo tanto, iba a resolverse de una manera contraria a sus intereses.

Durante algunos instantes el señor Bush permanecio inmóvil. Después, sin cerrar la puerta, desapareció momentáneamente para aparecer después con sombrero y abrigo. Cerró cuidadosamente la puerta, bajó la pequeña escalinata y se perdió en la obscuridad de la noche.....

## V.

La Misa de Navidad llegó al Ofertorio... El órgano dejaba oír los dulces acordes del **Adeste Fideles** y Gerardo, estando en el coro junto á su amigo Mauricio (á quien había despertado antes de las tres y media) comenzó ese solemne y hermosísimo himno. Su voz, clara y firme, inundaba la iglesia de una dulzura inefable; pero al llegar a las palabras **Venite Adoremus,** tembló debilitándose, suavizándose de una



manera tan rara, que parecía la expresión perfecta del amor y de la dulzura y el fervor: y al concluir la palabra **Dominum,** se disolvió en un suspiro musical de santo temor.

Así pareció a los que escuchaban: y no pocos fueron los que lloraron y no pocos también, sintieron sus corazones inundados de unción y de ternura.

He aquí la causa de todo: Al comenzar a cantar el verso **Venite Adoremus,** Gerardo dirigió su vista hácia los fieles que llenaban la iglesia y al fijarla en uno de ellos que estaba mirando hácia el coro, cuál no sería su sorpresa al reconocer al señor Bush que atentamente le miraba! Gerardo sintió que la sangre le afluía a la cabeza: apenas podía proseguir. Pero se sobrepuso valerosamente y su excitación nerviosa fué la que produjo un efecto tan raro a la vez que tan hermoso, que el señor Bush sacó su pañuelo y se lo llevó a los ojos, permaneciendo así durante cinco minutos.

La presencia del señor Bush sorprendió a Gerardo grandemente porque sabía que el millonario nunca iba a la iglesia. Y no menos sorprendido estaba el mismo señor Bush. Por un impulso inexplicable había salido de su casa: por un impulso inexplicable—impulso de la gracia, sin duda alguna—había entrado a la iglesia. Y ahora ¡qué hermoso le parecía todo! los cantos,

las luces, la solemne ceremonia. En el altar, decía la Misa el Padre H., antiguo confesor del señor Bush. Qué venerable se veía; y como después de la Comunión, este anciano de rostro apacible se volvió hácia los fieles para dirigirles unas cuantas palabras, palabras de paz, de amor, de buena voluntad, el señor Bush se llevó el pañuelo a los ojos nuevamente.

Cuando Gerardo concluyó de dar gracias y acompañado por Mauricio bajaba ágilmente la escalera del coro, vió al señor Bush que avanzaba hacia él. Ante el asombro de Mauricio, Gerardo dió un salto y se lanzó a la calle emprendiendo desenfrenada carrera.

"¿Qué pasa con Gerardo O'Rourke?" preguntó el señor Bush no poco sorprendido.

"Pues . . Señor . . la verdad . . . yo creo que se está volviendo loco. Antes nunca se portó así en la iglesia. Feliz Navidad, señor."

"Gracias, gracias, lo mismo te deseo. Oye, muchacho, ¿quieres hacerme un favor?"

"Con mucho gusto, señor."

"Dile al Padre H., que está en la sacristía, que en su confesonario le espera un hombre que quiere hablarle. Dile que.... que ..... es un viejo amigo a quien no ha



visto desde hace catorce años y que quiere comulgar en seguida."

"Muy bien señor," dijo Mauricio dando media vuelta.

"Espera; otra cosa. Mi nombre es Bush. ¿Sabes dónde vivo?"

"¡Cómo no! Usted vive en la calle Dieciocho y yo vivo en la Diecisiete, y nuestras casas se parecen mucho; por eso precisamente Gerardo O'Rourke confundió hoy en la madrugada mi casa con la de usted. Ya me contó todo y está muy apenado."

"Muy bien, ahora comprendo. Bueno, ve a mi casa y llévale a mi señora este recado: dile que he venido a Misa y que voy a comulgar. Dile también que vaya a la recámara de las niñas y que recoja la carta que encontrará abajo de la estatua del Sagrado Corazón, sobre la chimenea; que la lea y que la guarde bajo llave sin que mis hijas se enteren. ¿Entiendes?"

"Sí señor."

"Repítelo," dijo el señor Bush sentenciosamente.

Un minuto después, Mauricio, habiendo notificado ya la cita al Padre H., corría velozmente por las calles, como si comprendiera toda la trascendencia del mensaje que portaba.

## VI.

"¡Oh!" exclamó Elena, bailando alegremente sobre la alfombra.

"¿Qué, qué?" gritó María.

"Se fué..... la carta..... ya la habrá leído el Niño Jesús."

La señora Bush, con lágrimas de felicidad en los ojos, entró y besó a sus hijitas, y, cuando ellas le contaron que el Niño Jesús había tomado la carta, las besó nuevamente y salió de la pieza para ocultar su emoción.

El señor Bush entró en seguida y era difícil creer que ese hombre de semblante placentero y feliz, había pasado la noche sin dormir un solo momento.

Estaba jugando con sus chiquillas y escuchando por centésima vez la historia de la carta, cuando sonó el timbre de la puerta.

"Oye, papá," gritó Enrique Bush, "Gerardo O'Rourke dice que quiere verte."

"Que pase luego."

Gerardo entró pálido y nervioso. Iba a excusarse, desafiando—pobre pequeño héroe—al león en su guarida. Pero antes de que pudiera pronunciar una palabra, el señor Bush se adelantó, estrechándole entre sus brazos.

"Está bien, Gerardo, no necesitas darme explicaciones. Equivocaste mi casa, ¿no es así? Cuéntame todo y te prometo darte una buena noticia."



"Pues..... sabe usted..... señor..... yo soy muy flojo," comenzó Gerardo, profundamente sorprendido, "y aposté que había de despertar a Mauricio Desmond para la Misa de las cuatro. Entonces pedí a las almas del purgatorio que intercedieran por mí para que me pudiera levantar a tiempo. Y cuando por equivocación, señor, llegué a esta casa y lo ví a usted, frente a frente, comprendí que el negocio de mi padre estaba completamente perdido y..... oh, ya lo dije!"

"¿Qué es lo que has dicho?"

"Le había yo prometido a mi papá no decir a nadie una palabra de esto."

"Gerardo O'Rourke," dijo el señor Bush, "eres un excelente muchacho y no sabes que fueron las almas del purgatorio las que te mandaron a tocar a mi puerta."

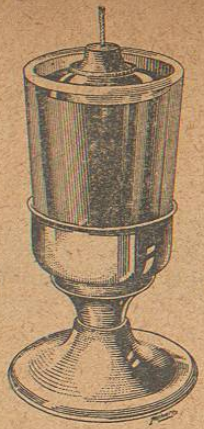
"Y el Niño Jesús," añadió Elena.

"Si no hubieras tocado en mi casa, yo no habría ido a la iglesia, y si yo no hubiera ido a la iglesia, tu padre habría perdido su empleo. Ahora, díle esto: él se quedará en su empleo mientras viva" y, añadió en voz baja, dirigiéndose a su esposa, "desde el primero del próximo enero, tendrá el sueldo que merece. Gerardo, yo también voy a hacer algo por las almas del purgatorio. Dile a tu padre que, si no tiene inconveniente, me gustaría que me acompañara hoy en la tarde para que juntos dis-

tribuyamos sus diez pesos, más lo que yo voy a dar."

Cuando Gerardo bajó la escalera, emprendió una carrera que, en velocidad dejaba muy atrás a la de la madrugada.

Y así, Gerardo, su padre y su familia, fueron felices, y el señor Bush y su familia fueron felices; y muchos pobres fueron también felices. Y lo mejor de todo es que, indudablemente, alguna alma del purgatorio emprendió ese día su vuelo hácia el cielo; todo esto debido a una insignificante apuesta en la que todos resultaron ganando.



# VELADORAS VIGIL

COMBUSTION PERFECTA:
**SIN OLOR, SIN HUMO, SIN PELIGRO.**

**No es Veladora si no es "VIGIL"**

**Cada Veladora tiene la MARCA "VIGIL."**

RECHACENSE LAS IMITACIONES.

WILL & BAUMER, S. A. "LA MODERNA"
Fabricantes de velas de todas clases.
San Cosme, 111. MEXICO, D. F.

NUESTRO NOMBRE ES LA GARANTIA DEL CONSUMIDOR

## FABRICAMOS VELAS DE TODAS CLASES:

DE CERA, DE ESTEARINA, DE PARAFINA, DE COLORES, DECORADAS.

## VENDEMOS ARTICULOS PARA IGLESIAS:

LAMPARAS PARA SANTUARIOS,
INCIENSOS. ENCENDEDORES.
VELADORAS VIGIL.

Enviamos Catálogos á Quien los Solicite.

FABRICAMOS VELAS ESPECIALES PARA PRIMERA COMUNION, ARTISTICAMENTE DECORADAS Y A PRECIOS ECONOMICOS.

WILL & BAUMER, S. A. - "LA MODERNA"

FABRICANTES DE VELAS DESDE 1855.

*7a. SAN COSME 111. MEXICO, D. F.*

Obsequio de
WILL & BAUMER, S. A.
"La Moderna" Velas de todas clases.
7a. San Cosme, 111. México, D. F.

# LA CONFESIÓN
## Y LA
# PSIQUIATRÍA MODERNA

POR EL
R. P. RAMÓN RUIZ AMADO, S. J.